

GUILLERMO MORON. VIDA PLURAL

*Por ISBELIA SEQUERA TAMAYO**

Todos tenemos dentro de nosotros un país extraño que muy poco conocemos, un país pleno de múltiples soledades donde impera el silencio definitivo. Por ello es imposible prever la respuesta concreta y cierta a todas las situaciones. Cuando tuve noticias de haber sido seleccionada para pronunciar el discurso de Orden en el Homenaje que las Academias Nacionales harían al Dr. Guillermo Morón por haberle sido otorgado el Premio Nacional de Literatura 1990, comencé a viajar en la intimidad de mi ser, en la intimidad de ese mundo desconocido al cual me he referido. Tomé de la mano a Guillermo invitándole a chapalear en las turbias aguas de nuestro río, a visitar nuestros bosques y montañas. En la oscuridad de la sangre caminamos por nuestra plaza de ciudad ardiente y también caminamos entre palmeras nutridas de aguas profundas. Sentimos, así, cómo en un mediodía de provincia nuestra amistad renació de nuestro propio musgo, de nuestras propias arenas.

Viaje intemporal hacia el mundo de los espejos, medible sólo en unidades de afecto. Regreso del pasado hacia un presente de claros horizontes que avivan nuestras fuerzas. Jardín de sueños iluminado. La amistad nos habita.

Creí, por un instante, así lo pensé, que esto había ocurrido en el momento que tuve tan grata y honrosa noticia. Luego comprendí que ello ocurrió desde que entre nosotros se estableció el directo y para mí fecundo contacto humano, desde mucho más allá de este tiempo. Sentí, entonces, que Guillermo resume todo un esfuerzo de amistad, todo un camino que hemos transitado juntos en el quehacer intelectual y en el académico. Sentí materializar un sueño que, por la humana presencia de Guillermo y de todos ustedes, amigos aquí de frente, ya no es sueño.

Es sólo presentar a Guillermo Morón, lo cual para mí es, además de un honor, un placer. Digo esto último por cuanto se trata de una persona muy importante en la jerarquía de mis afectos, pues, como sucedió en el sueño, nuestra amistad se formó en la adolescencia, la época más pura y desinteresada en la vida del hombre. Y digo lo primero, por cuanto se trata de presentar a un personaje

* Individuo de Número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. Sillón N° 8.

que, a mi entender, ha jugado y juega un papel preponderante en la cultura de nuestro país.

De un país en formación, de un país que no ha alcanzado aún pleno desarrollo, de un país que aparece como joven, como lo es el nuestro, donde la realización de la íntima vocación personal está sometida a muchas contingencias. El propio impulso, la misma dinámica del desarrollo impone a todos, en particular a las individualidades dirigentes, la obligación de aunar a las actividades que exige el ejercicio de la vocación personal la atención de otros menesteres de carácter más colectivo íntimamente vinculados a la dinámica del propio proceso de desarrollo. Cubrir esa doble finalidad; ser fiel, intrínsecamente fiel a la personal vocación, y ser al mismo tiempo intrínsecamente fiel a los requerimientos que exige un armonioso desarrollo social de profundo contenido humano, no es siempre fácil. Porque en el mejor de los casos, cuando la vocación va acompañada al talento, no siempre éstos, vocación y talento, están unidos a un sereno juicio sobre los valores esenciales al ser humano y la responsabilidad que se tiene frente a la sociedad y el momento histórico que ésta vive.

Las anteriores consideraciones, y otras tantas de estimable valor que aquí no menciono, me salen al paso en la oportunidad del Homenaje que hacen las Academias a esa individualidad de gran vocación creacional y de gran proyección humanista que tiene Venezuela.

Guillermo Morón es, antes que todo, un intelectual. Un intelectual de sereno juicio y de firme vocación histórica y literaria. En la investigación histórica su nombre está ligado a los más importantes historiadores que ha producido nuestro país, a los grandes maestros Baralt, Gil Fortoul, Arcila Farías. Su obra es tan numerosa como densa, además de estar traducida a varios idiomas. Quizás como una de las más representativas podría señalarse su *Historia de Venezuela* en cinco grandes volúmenes. También debe destacarse la *Historia General de América*, bajo su dirección, de la cual ya han sido publicados varios volúmenes.

Con *El gallo de las espuelas de oro*, novela publicada en 1986, clava firme su nombre en el campo de la creación literaria, de la narrativa en este caso. También desde hace mucho tiempo su nombre se destaca en el cuento, en el ensayo, en el artículo. Es la actividad creacional de este ilustre venezolano permanente y de indiscutible calidad. La obra escrita de Guillermo Morón nos permite afirmar que, en este terreno, el hombre ha cumplido con su íntima y profunda vocación creacional.

Pero Venezuela ha reclamado de Guillermo Morón atender otras obligaciones. En un país apenas en vía de desarrollo como el nuestro, en algunos aspectos todavía atado a sus años pastoriles, con una economía deformada por el uso irracional e irresponsable de los ingresos provenientes de la explotación petrolera y con sus valores morales resquebrajados, había y hay tareas muy urgentes y apremiantes para el ser humano que la de sólo cumplir con su propia vocación creacional.

Guillermo Morón no ha eludido estas responsabilidades impuestas por las particulares características de nuestra evolución histórica. Ha sido maestro de

juventudes en escuelas de Carora, en los liceos de Barquisimeto y en las Universidades de Caracas. Sus artículos en la prensa son permanente cátedra de divulgación cultural. Y sus treinta años en la Academia Nacional de la Historia demuestran hasta dónde, respondiendo a un elevado concepto de responsabilidad social, ha insistido e insiste permanentemente en la investigación y divulgación de todo cuanto de noble y valioso registra la historia del hombre.

No se ha limitado a eso, sin embargo, la actividad social de este insigne venezolano. El establecimiento de un sistema de libertades públicas en nuestro país permite y reclama la injerencia directa de sus ciudadanos en la vida política. La contienda pública se hace obligatoria y en ella participa con verdadera pasión en la creación de un movimiento dirigido a defender y consolidar la clase media emergente. También participa como Diputado al Congreso Nacional. Desde aquellos tiempos hasta el presente, cara a cara a los principales problemas sociales que nos afectan, con frecuencia enjuicia los fundamentales de nuestra vida pública, a través de los diversos medios de comunicación.

Considero además muy importante destacar algunos aspectos que, creo, han sido decisivos en la vida y formación de Guillermo Morón. Su origen en las entrañas calenturientas de Carora, pues de esa naturaleza hirviente se alimentó. Allí hincó sus raíces, de allí deviene, de allí se nutre. De allí donde el calor agobia, refrescado excepcionalmente con los vientos que a veces, como diría Darío, vienen como aires suaves de pausados giros, y que raras veces transportan agua para enriquecer la tierra.

También su origen humano de las entrañas de Mamá Chayo, quien desde la atmósfera cristalina continúa en permanente vigilia de la conducta y el saber de su hijo-discípulo. Su cercanía a Chío Zubillaga, cuya cultura trascendía las paredes, las calles, las plazas, los colegios y las iglesias caroreñas. Y el Diario de Carora que le abrió sus puertas y ventanas de papel.

Luego en Barquisimeto, para el Dr. Carlos Felice Cardot fue Guillermo como un hijo, mucho más que un secretario privado. Pienso que fue mucho lo que aprendió en la biblioteca de su tutor y con el ejemplo de su digna vida.

Y fue en esa hermosa ciudad donde nos conocimos y donde desde el primer momento nació la amistad que se ha mantenido nítida en el tiempo. En el Liceo "Lisandro Alvarado" caminábamos por los cuatro corredores que encerraban frondosos árboles en su patio central, Rafael José Grazut, Manuel Delgado Rovatti, Ramón Escovar Salom, José Rafael Mendoza, Pedro Segnini La Cruz, Guillermo Morón y yo. Al mediodía nos deteníamos ante el silbido del pájaro cuando lo devolvía su garganta al calentarse con el sol. Abrazábamos con sus alas la tibieza del día y viajábamos en la alegría del vivir. Allí aprendimos a volar.

Caminamos también por los Cerritos Blancos, de manos de la espina y en las bridas del viento, nutriéndonos de ese suelo árido y rico hasta convertirnos en árboles. Amistad plural ésta inmersa en el sonido transparente y redondo del silencio y en la lealtad de sangre adolescente. La más pura de las amistades, comparable sólo a la del cielo con el mar y el viento. Luego, cada quien aprendió a conducir el timón de su barco con mano firme y segura y a estar atento a la

aguja de la rosa de los vientos. Aun cuando continuábamos con bases comunes al haber escogido carreras humanísticas y al tratar de escribir siempre. Cerró así el portón de ancha hoja, de provincia detenida en blanca pared, en rosado realengo, en leyenda adolescente. ¡Aldabón silente!

Yo, por lo menos, siempre quise escribir en redondo, desde que sentí la forma, convirtiendo a la línea en curva que se encuentra a sí misma, en círculo de palabras vacío cuando no envuelve la esencia. Es el escribir, el no escribir. Guillermo esperó en el silencio de su propia sangre. El ser escapa a su piel para entregarse a la palabra escrita en respiración de vida y en salino asombro. Primero fueron pequeños papeles, luego fueron creciendo y dejaron de ser papeles para convertirse en artículos periodísticos, en artículos de revistas, en ensayos profundos, en cuentos, en novelas. Productos en buena parte de ese trascender fronteras que desde niño se impuso, como aconseja Descartes al referirse a la importancia del viajar en la formación del individuo. Así el Morón caroreño, el barquisimetano, el caraqueño, atraviesa el océano. España, Alemania, Francia. La gran Europa nos devuelve un Morón más denso, más enriquecido, con alas más crecidas. Cuando ingresa como Individuo de Número (1960) en la Academia Nacional de la Historia su discurso "Para una historia de la Moral Política en Venezuela" es según Ramón Escovar Salom "Un tema singular cargado de sustanciales reflexiones... trabajo semejante requiere formación intelectual e histórica sólidamente respaldada por un temperamento analítico y gustador de claridades". Más adelante agrega Escovar: "Si yo tuviera que definir con un solo rasgo su personalidad diría simplemente que tiene autenticidad. Escogió resueltamente su destino de intelectual y lo está construyendo con vigor y con fuerza. No es un hombre de posición de los que basan su prestigio o su influencia sobre una instantánea circunstancia que los favorezca. Es un hombre de destino que ha aceptado con audacia el oficio de pensar. En Venezuela tener personalidad es un atributo difícil de defender y es seguramente una dura circunstancia vital".*

Se trata, entonces, de un personaje que reúne dentro de sí un conocimiento profundo de la historia en el más amplio espectro de su complejidad. Que ha logrado a través del estudio, la investigación y la meditación una capacidad de síntesis que le permite entender el hecho histórico en toda su magnitud, desde sus orígenes en el momento que se gesta, y a través de su desarrollo. Mas, desde hace algún tiempo, ha trascendido lo histórico. Por los caminos de la imaginación descubre y crea, llega a la esencia del hecho literario y lo sintetiza en su contexto histórico. Se ubica en la realidad mientras la imaginación vuela. Es un juez gravemente exigente, no hace concesiones de ninguna clase, define relaciones insospechadas, tiene un pensamiento inteligente, ordenado y equilibrado. Pero en los momentos cumbres, en la toma de decisiones difíciles, controversiales, la intuición como duende se le aparece y enfrenta en abierta lucha a su orden interior. ¡Llueve estrellas!

En la definición y estructuración de movimientos que sólo pueden ser captados por quien reúna las condiciones anteriormente señaladas es especial. Sabe

* Cita tomada del libro de Vinicio Romero Martínez titulado *Guillermo Morón en persona*, pp. 132-133.

seleccionar las promesas y los especialistas en el campo de la historia. Su obra histórica es conocida por todos. También buena parte de su obra literaria hasta el punto de haber merecido el Premio Nacional de Literatura 1990.

Toda esta vasta obra de Morón en el campo histórico y en el literario se sustenta en la comprensión que tiene del humanismo, como el asiento más sólido y limpio, aunque lo más delicado, de las sociedades, comprende que en nuestro país el proceso de integración y de identidad nacional, que arranca casi junto con el siglo, sólo comienza a cobrar perfil definido a partir de los años posteriores a la segunda guerra mundial. En ese momento el avance técnico creado por el hombre alcanza plenitud, convirtiéndose en factor predominante de la vida social contemporánea. Y ese mismo desarrollo técnico, si en verdad ha permitido pensar a algunos que es el único y cierto camino que se abre ante la humanidad, ha impuesto también al humanismo alzar su voz afirmando que junto al dominio material está el del espíritu; que no vale vivir si junto a la conquista de ese dominio material no se alcanza también el de aquellos otros que, en campos distintos al de la técnica, dignifiquen la vida del ser humano. Día a día, ante el inusitado desarrollo técnico, la presencia del humanismo en la vida del hombre cobra cada vez mayor importancia. Y si ello ocurre en sociedades que han alcanzado extraordinario grado de civilización y desarrollo, con igual o mayor énfasis debe ocurrir en aquéllas como la nuestra, donde el inicio de un desarrollo técnico y la presencia de exagerada y fácil riqueza pueden conducirnos por caminos distintos a los que permiten la afirmación del hombre dentro de los más nobles principios de voluntad creadora y solidaridad humana.

Y ello es lo que ha comprendido desde siempre Guillermo Morón, que defender el humanismo en nuestro país, defenderlo en nuestro continente, es defender la vida de quienes, sin negar el valor del avance tecnicista, intentan construir su vida sobre valores espirituales de indiscutible esencia humanista. De ahí que se haya dedicado a la historia y a la literatura.

En este último campo, el de la literatura, quizás es en la década de los cincuenta donde podría ubicarse su punto de arranque en la narrativa con el vigor que luego la caracterizaría. Quizás, también, y sin proponérselo, porque los hechos creativos son así: salen solos, trasciende los límites de la cotidianidad, de la historia familiar y pueblerina, de sus tradiciones y costumbres. Aun cuando una década antes era el cuento su espacio creacional. En los periódicos de la capital *El Nacional*, *El Herald*, *Fantoches* y en *El Impulso* de Barquisimeto. Y desde muy joven, en plena adolescencia, publicaba cuentos en el *Diario de Carora*.

Mas su obra *La palabra acero* es, según Manuel Bermúdez,* su gran punto de arranque para la ficción. Sobre el alzamiento del zambo Andresote, que abarca una etapa de nuestra Venezuela siempre explotada, Morón le construye un espacio literario a este héroe popular a quien resucitará años más tarde en sus obras de ficción junto con los otros grandes venezolanos de acero, Miranda, Bolívar, Zamora, y los dos Cecilio “de la pluma y el tintero”. También destaca Bermúdez que para entender la obra de Morón hay que distinguir entre los lenguajes de la oralidad y

* BERMÚDEZ, MANUEL. “Un escritor de acero toledano”. *Papel Literario*, p. 4 *El Nacional*, 23-09-90.

la escritura. Afirmación esta que sustenta en el pensamiento de Walter J. Ong, quien señala que "mediante la comparación de las culturas orales y las caligráficas que coexisten en un espacio dado de tiempo se pueden establecer diferencias socio-económicas, jurídicas y étnicas, así como también la mentalidad de las mismas". Por lo cual, continúa Bermúdez, del "manejo semántico y sintáctico de la oralidad y la escritura; y el dominio de los códigos y la lógica del relato le van dando a Morón la oportunidad de dar el gran salto de la historia a la ficción".

De ahí que es a partir de la década de los ochenta cuando Morón le entra con fuerza a la creación literaria: *El gallo de las espuelas de oro* (1986), a la fábula *Ciertos animales criollos* (1985) y a su más reciente novela *Los hechos de Zacarías* (1990). Comparto con Bermúdez el criterio de que Morón en sus dos novelas continúa recreando las vidas de Don Chío y de Andresote, muertos ambos en el tiempo donde no se muere y, además, agrega su propia vida al navegar en el río que atraviesa esas tumbas. Y siempre será así, con ellos y con otros, eso creo yo, pues Guillermo jamás podrás separarte de la historia aunque lo hayas confesado públicamente: que la abandonas para siempre para dedicarte sólo a la literatura. No le temas, ahora, a la historia, Guillermo. Ella está dentro de uno, dirigiéndonos, pero uno está dentro de ella construyéndola.

En *El gallo de las espuelas de oro* se expresa nítidamente cuánta mutilación sufre el pequeño venezolano. ¿Cuánto es lo que nos queda al final de la partida, a quienes devenimos de la Venezuela polvorienta? Yo no tengo respuesta para esa pregunta, pero Guillermo no se detiene, avanza, llama a los brutos bruto, a los falsos falso, a los hipócritas hipócrita. Desde luego que eso tiene un precio: se le repudia, se le castiga, pero él no se detiene. Todo es imaginación, aunque los nombres correspondan a personas que aún viven o a sus familiares. Sus amigos verdaderos le dicen: ¡adelante!, nada de eso existe, sólo es ficción.

Una de las características más importantes de esta obra, y también de la siguiente novela, es el uso del lenguaje, que corresponde, según Manuel Bermúdez*, no sólo a "lo que los especialistas llaman un perfil sociolingüístico, sino también a la intención literaria del autor que convierte al personaje central del relato en *fuelle y pozo* de toda la información que contiene el texto narrativo. Esta técnica, de nobles antecedentes en la novela picaresca, se nutre de micro-dialectos trujillanos y caroreños superpuestos y de la intuición poética del autor que va impregnando lo que hay de crudo, satírico y grotesco en el relato".

Creo que uno de los aspectos más importantes en la narrativa de Morón es el manejo de los tiempos con gran seguridad y fluidez, el presente, pasado y futuro se alternan sin distinguos como cuando se unen varios cursos de agua en uno solo. Madeja de hilos de pensamiento a lo cual agrega Morón la transposición de su propia persona en el personaje de Francisco, quien "ya no tiene papá porque se le murió el otro día, cuando yo era chiquito se murió mi papá, y como usted no está en casa, mamá, pues yo salgo en carrera cuando termino la segunda taza de maíz que es el amarillo, cojo mis libros y me voy para la escuela, la bendición mamá y yo oigo su voz como si usted estuviera en el corredor Dios te bendiga

* BERMÚDEZ MANUEL. "Diseño inicial de la obra de Morón (*El gallo de las espuelas de oro*)". Inédito.

mijito, pero sé que usted no está, y Francisco corre por la mitad de la calle... camino de la escuela”.

Las primeras expresiones sexuales las perfuma Francisco con la mano de la maestra Teresa Molero cuando le acompaña a atravesar la calle y a caminar el zaguán. Francisco guarda su mano “cuidadosamente para olerla disimuladamente en el pupitre, la saca con cuidado, mira a la maestra como si le fuera a poner atención a las primeras palabras del día... y se pone el hueco de la palma frente a la nariz y le entra ese desmayito y la vuelve a guardar para que no se le ensucie...”. O cuando en otra oportunidad al referirse a Egidio Marquina y su caballo habla de éste como no hay otro “para salir de noche, con luna o sin luna, que ya se conoce el condenado todas las trochas para las casas donde esperan ellas al caballo que las busca para su amo y caballero”.

Revela Morón, además de profundo y extenso conocimiento histórico, ser conocedor de la geografía regional con centro en Carora. Maneja apropiadamente las referencias al clima, a los suelos, a las aguas en donde se encuentra “barro que no se cría en el río sino en las lejanas laderas de montañas desconocidas”. Se refiere también adecuadamente a la flora y a la fauna y en verdad se siente como en ésta incluye al ser humano rico que se aprovecha del pobre. Como su gran maestro Don Chío Zubillaga, maestro en la vida, maestro en distinguir el bien del mal, el hombre bueno del hombre malo, la sociedad justa de la injusta. Maestro en la verdad.

La imaginación con la que teje la trama Guillermo Morón es fresca como agua de acequia, dibuja a Francisca Morello como “una muchacha de veinte años, delgada, delgada, como si se fuera a encaramar por el arcoiris que sale todos los días por el lado del cementerio”. Y al Gallo de las Espuelas de Oro y de la Cresta de Oro como “un gallo muy fino, siempre derecho, limpio... tiene su casa tejida por rayos de sol en lo más recóndito del monte, es una casa que se mueve, para que nadie la encuentre, el gallo vive solo, tiene la particularidad de que nunca duerme, ni de noche ni de día, pero no le hace falta el sueño, siempre está fresco y descansado”.

Y así, con la presencia de Andresote, digo de Zacarías, termina Morón *El gallo de las espuelas de oro* y comienza, quizás de inmediato, pues la distancia en las ediciones no permite comprobarlo, *Los hechos de Zacarías*. Desde fines del siglo pasado y comienzos de éste por intermedio de ese su personaje central, Zacarías, pasa por nuestra historia a través del más natural de los cursos, el de un hombre de campo que en su sencillez abarca todos los aconteceres, desde los del amor hasta los de la guerra, envueltos en algunos casos en la nitidez de la fábula. “Dicen que mi general Montilla es un tigre, que se mueve como un tigre, que escucha como un tigre, que al entrar en la guerra se convierte en un tigre de Bengala y mata con los dientes, con las garras, con el fiero grito de la bestia... que no quede ni uno solo vivo, pues yo también me cambio de simple Zacarías en lo que sea menester, por ejemplo en tragavenado, en paloma torcaza y cuando estoy triste me hago un arrendajo y cuando tengo hambre soy un gato”.

El ambiente en el cual se desarrollan los acontecimientos como raro y viejo río forma meandros, los abandona, sigue su curso y desemboca más alto que el

mar, tiene que parir nuevo curso. Es como un "Guaitó no trujillano pero sí lo es". No es trujillano porque pertenece al Estado Lara pero para llegar hasta allá es mejor por el Páramo de Jabón y el Páramo de Cendé para llegar a ese "nido más alto que el de los arrendajos, culebras en el camino, las patas del gran macho del General Rafael Montilla y las patas descalzas de Zacarías caminan a ciegas por el camino de la montaña. Aquí en Guaitó nuestros machetes son la empalizada de la libertad". Así, es también Morón reiterativo en su escritura a modo de fuerza y también soñador de libertad en su mensaje.

En algunos casos la imaginación de Guillermo, al modo de García Márquez, se resuelve en personajes como don Arístides Cañizales, cuyos "brazos bajaban hasta los tobillos, porque cuando el caballero cogía mamones en la plaza Bolívar de Cuicas sólo estiraba las manos hacia las ramas más altas, no sólo sin necesidad de encaramarse en el árbol, pero ni siquiera empinarse... en la pensión donde vivía le tenían un cuarto especial construido por varas altas y una cama que iba de pared a pared".

Penetra Morón en el mundo interior de sus personajes elevándolos por encima del tiempo. En la oportunidad en que Don Morón y Zacarías pensaron tener una guerra particular la maestra de escuela que "espera sin sonrisa y sin esperanza... sin dormir y sin miedo" dijo, "sin mandar, usted no va a matar a nadie porque hace mucho tiempo que todos estamos muertos. Don Morón y Zacarías se quitaron las espuelas, se sentaron en las sillas de la cocina, se miraron ancianos y dijeron a una voz los dos peones y amigos 'sí, señora' ". También más adelante cuando Zacarías realiza una especie de inventario de las mujeres que han pasado por su vida, porque intuye que al final de todo ser humano la pregunta esencial ¿cuánto has amado? lo transporta cual personaje de Chagal a mirar desde arriba al pueblo de Arenales. "Iba muy bien enjorquetado, montado en chuco, agarrado a las alas de San Rafael, Voló sobre Arenales hasta el amanecer". Para luego reaparecer y salvar al pueblo del hambre y la muerte.

Morón le da vida a la miseria, alegría a la tristeza, risa al llanto. Creo que Guillermo Morón dará mucho que hablar con su narrativa, mucho más allá de los grandes reconocimientos que se le han hecho pues es ahora cuando se va a dedicar exclusivamente a la literatura. Creo que debe ser observado con mucha atención y estudiársele muy seriamente.

Guillermo vive con tal intensidad su vida que, como el Gallo de las Espuelas de Oro, nunca duerme. Por el día porque hay sol "y por la noche no duerme porque su casa está hecha con rayos de sol".

Muchas Gracias.

Caracas, miércoles 10 de abril de 1991.



Don Valentín Abecia Baldivieso con el Segundo Vicedirector de la Academia Nacional de la Historia, Coronel Tomás Pérez Tenreiro

(Foto: *Joaquín Torres*)